

de los arzobispos y la tiara de los Papas, contentándose con ser el protector espiritual de la Monarquía y de la Iglesia. En medio del mundo fué un solitario, en el oleaje de las pasiones una abstraccion: pasó por la naturaleza como un espíritu puro que la atravesara y por la historia como una idea sin cuerpo. Parecía en la vida un muerto. Sus ojos miraban hácia dentro, y su palabra tenía toda la extraña resonancia de una palabra sobrenatural, que saliese de los sepulcros. Cien mil hombres lanzó con una voz al Asia. Las gentes, á quienes predicaba, del mundo huían y se retiraban á una en el frio seno de los claustros. Imaginaos cómo ese teólogo escucharia las temeridades filosóficas de Abelardo y cómo ese político las arengas republicanas de Arnaldo. Contra el uno suscitó los teólogos de Francia, contra el otro los ejércitos de Alemania. Los dos jóvenes, que representaban las fuerzas vivas de expansion que hay en las sociedades humanas, cayeron derribados por aquel monje, que representaba las fuerzas concentradoras, la autoridad y la disciplina.

San Bernardo apeló contra el filósofo á los teólogos y contra el tribuno apeló, como hemos dicho, á los alemanes. El Papa condenó á Abelardo por amigo de Arnaldo y á Arnaldo por amigo de Abelardo, apoyándose en los socorros materiales del Emperador de Alemania y en los socorros morales del monje de Francia. Contra la política republicana de Arnaldo de Brescia recurrió el Papa, como habia recurrido Gregorio VII contra la política imperial de Enrique IV, á la excomunion y al entredicho. El pueblo romano fué como despedido de la Iglesia católica. Si una excomunion atribuló tanto al Emperador, acostumbrado á tener de su autoridad altísimo concepto, ¿cómo no atribularía al pueblo, herido en aquellos tiempos de humillacion irremediable? Las familias caían al rayo pontificio en la desolacion; tornábanse los hogares en purgatorios; toda ceremonia religiosa se suspendía; todo sacramento eclesiástico se negaba implacablemente al pueblo excomulgado; cerrábanse las puertas de la Iglesia, refugio de las almas, resúmen de la vida, plaza, templo, mercado, teatro, sepulcro, santuario; nacían los hijuelos y no les daban el bautizo; amaban los mozos y no podían santificar ni legitimar sus amores; la mujer propia se convertía en concubina y el hijo en bastardo; agonizaban los enfermos de enfermedad mortal sin confesion, sin comunión, sin ninguno de los auxilios espirituales que fortalecen y sustentan al hombre en tan tremendo

trance; caían los muertos, peor que los perros, sin esperanza de tener asilo sagrado en la tierra ni perdon ni misericordia en el cielo: que á lo temporal y á lo eterno alcanzaba con idéntico alcance una excomunion pontificia. Horrible caso aquel para un monje que, ortodoxo en todas sus ideas religiosas, tenía ideas políticas, contrarias á un rey facultado por su doble carácter teocrático para perseguir á sus vasallos, no solo en la tierra, sino en la eternidad tambien.

Las almas débiles se apenaban y dolían de semejante estado que, alcanzando á todas las edades y á todas las fases de la vida, no obstante su puro carácter religioso, convertíase en tristísimo estado social. Para mayor angustia sobrevino tras el entredicho la Semana Santa. Doloroso á las almas piadosas carecer del agua bendita, de la misa, de la Iglesia en todo tiempo y lugar; pero mucho mas en el lugar de las Basílicas capitales, en Roma, y en el tiempo sacro por excelencia, en la Semana Santa. Los romanos, acostumbrados á recibir los peregrinos en estos dias solemnes, hallábanse aterradísimos de su soledad, sin poder ni oír las lamentaciones de Jeremías, ni contemplar los misterios de la Pasion, ni sumergirse en las ideas que inspiran los estremecimientos de la tierra durante las tinieblas en los divinos oficios, ni cantar el *Miserere* que parece dirigido á desarmar la cólera divina y á detener los rayos de ira que atraen del cielo á la tierra los pecados y los errores de los hombres. Así, las mujeres se lanzaban por las calles dando alaridos como si las tuviera ya entre sus garras el infierno; y los sacerdotes clamaban por calles y plazas, añadiendo al terror, natural en los ánimos, los horrores de las tristísimas pinturas animadas por el reflejo siniestro de los castigos eternos. Por todos estos motivos, el pueblo romano se lanzó á los piés del Papa; y el Papa exigió, para levantar el entredicho, la entrega del tribuno. Este sale de la ciudad, corre por el campo, llama á la puerta de los castillos, intenta correr á cualquiera de las ciudades republicanas y abrigarse al amparo de sus instituciones y de sus leyes; pero, siendo tan poderosos sus enemigos y tan difícil su fuga, cae al fin prisionero y es entregado en manos del Pontífice. Coincide con todos estos sucesos la ida á Roma del Emperador Federico I de Alemania, el cual entra en la ciudad leonina y recibe la corona imperial en el soberbio Vaticano; y el pueblo, que ha recobrado su paz religiosa, ha perdido su libertad política. Y desde lo alto del Capitolio, que tan elevados pensa-

mientos inspira; viendo su gobierno democrático en tierra, su tradicional República disipada, su intervencion así en el nombramiento de los Emperadores como en el nombramiento de los Papas perdida, su tribuna rota, su orador preso, su ciudad convertida en mero escenario donde representan sus respectivos aparatosos papeles los Emperadores y los Papas, se indigna, se arrebatada, se subleva, se encamina en armas al palacio pontificio, y sitia al Pontífice Adriano IV sin respeto alguno á la Santa Basílica de San Pedro y sitia al Emperador sin recelo alguno de sus terribles y numerosas legiones. En todo tiempo, desde Alarico hasta Cárlos V, el soldado alemán se ensangrienta cuanto puede con el ciudadano latino. Por consecuencia, las tropas de Federico I se ensañaron cruelmente en los defensores de Arnaldo de Brescia. Muchos de ellos fueron prisioneros, muchos arrojados al Tíber, muchos heridos y pasados á cuchillo. Casi todas las consecuencias de esta rota se encerraron y contuvieron en el suplicio de Arnaldo, que no dejó en aquella Roma, á quien tanto amara, ni siquiera sus cenizas, esparcidas por la crueldad de sus perseguidores y verdugos á los caprichos del viento.

Así murió aquel hombre extraordinario, en quien pusiera el arte sus inspiraciones, la ciencia sus ideas, la política sus cálculos, la religion su misticismo, la elocuencia sus prestigios, la virtud sus atractivos, la Edad Media su entusiasmo, la antigua Roma su grandeza, lo pasado sus recuerdos de gloria, lo porvenir el presentimiento de sus soluciones sociales, Italia su poesía, el pueblo romano su esperanza. Dejara de ser grande si no tuviera este fin trágico. Toda alma superior quiebra el cuerpo que la lleva y consume la vida que la alimenta. Todo artista, todo filósofo, todo pensador, todo poeta vive del combate entre lo ideal y lo real y muere por no haber podido realizar su conjuncion misteriosa. Adelantóse Arnaldo á su tiempo, y corrió la suerte de todos aquellos que lanzan una idea sobrado superior á su siglo, la rota y la muerte. Así es la humanidad. El camino que conduce á la victoria está iluminado de un extremo á otro extremo por las hogueras del martirio. Como nuestras genealogías se componen de una larga serie de muertes, nuestras victorias se componen á su vez de otra larga serie de derrotas. Quizás no venciera la democracia de hoy sin las pugnas sobrado prontas de ayer. Nuestra vida surge del seno de esas muertes.

Tres ó cuatro grandes hechos determinan el predominio de la sede pontificia sobre la conciencia y la voluntad de Europa. Es uno el terror que inspiraba á los bárbaros la Ciudad de Roma y su César espiritual y religioso. Es otro el nacimiento de esa unidad civil y laica llamada Imperio Carlovingio, que habia menester para realizar su ministerio político de otra unidad teológica y moral que lo elevara á los ojos de aquellos primitivos tiempos y de aquellos primitivos pueblos. Es otro la aparicion del feudalismo, que representante de la fuerza material y bruta, producía de sí, por una necesidad lógica, el reconocimiento de esa gran fuerza moral que solo podía concentrarse en los Obispos de Roma. Es otro el fraccionamiento de la anarquía feudal, que demandaba sobre su caos horrible aquella unidad de poder y de disciplina. Todo se conjuró durante cierto tiempo en favor del Pontificado. Y cuando ya hubo concluido su ministerio político y social, cuando las monarquías acabaron de brotar á su sombra, cuando las nacionalidades vinieron, cuando las democracias se iniciaron, hechos análogos á los anteriores determinaron su decadencia y trajeron su ruina. Fué el primero y el mas grave sin duda el retroceso de las Cruzadas. Fué el segundo la traslacion de la Sede Pontificia desde Roma á Francia. Fué el tercero la larga duracion de los Cismas. Fué el último la idea madre que brotó en los tres concilios ecuménicos, de Basilea, de Florencia y de Constanza. Y al mismo tiempo que esto sucede con la institucion fundamental de los siglos medios, con el Pontificado, las herejías van naciendo y propagándose en términos tales que llegan á sustituir un nuevo pensamiento al pensamiento propio de los siglos de sentimiento y de fe. Disminuyen pues las facultades inferiores de la inteligencia humana, y aumenta la mas soberana y señora de todas ellas, aumenta la razon. Y esta facultad indagadora pide y obtiene el libre exámen de todos los problemas científicos y religiosos al par que entrega á la lectura del pueblo el libro de Dios. Así van formándose todas las creencias en el espíritu general y van constituyéndose todas las instituciones en el tiempo y en el espacio. Estudiemos, pues, en sí cada uno de los hechos que determinan la decadencia del Pontificado y la formacion de las herejías para comprender cómo traspone una idea su ocaso y surge por el Oriente otra nueva idea en la continua y no interrumpida sucesion de días que componen los reveladores anales de la historia.